

REFLEXIONES

PENSAMIENTOS Y REFLEXIONES REVISTA NÚMERO III

Ciro Caraballo Perichi



**J.J. Rousseau a la zaga del descanso eterno.
Recordatorio funéreo, dedicado al músico, al
herbolario, al más romántico y antisocial filósofo
revolucionario.**

Por **Ciro Caraballo Perichi**

Presentación.

Hace trescientos años, el 28 de junio de 1712 en la Ginebra calvinista, nacería un enfermizo personaje que con sus escritos daría un giro acelerado a los cambios sociales que ya se venían

incubando en la Europa del Antiguo Régimen. Para entonces, la Ilustración francesa y su concepto central - el racionalismo - comenzaban a generar profundas grietas en el pensamiento sobre las

ciencias y en la relación de la sociedad con la Iglesia Católica. Voltaire sería sin duda el mejor representante de este proceso, y mucho tendrá que ver en esta historia. Sin embargo, serían las ideas radicales de

cambio social desarrolladas por J.J. Rousseau, acompañadas de un romanticismo naturalista reforzado por su sensible adolescencia en los lagos de Neuchatel, las que orientarían las acciones políticas y complementarían la carga explosiva que se gestaba entonces, y que tendría en la Revolución Francesa su mayor y más sangriento episodio.

No es casual que estas ideas encontradas, racionalismo y romanticismo, también se reflejaran en los cambios conceptuales y estéticos que sufrían las costumbres funerarias en las sociedades europeas.

La paradójica vida y la coyuntural e inesperada muerte de J.J. Rousseau en la bucólica propiedad de Ermenonville, en la Picardía francesa, detonó un verdadero sainete, en el

cual se plasman dos de las nuevas propuestas funerarias de fines del siglo diecinueve: el cementerio romántico y el culto a los restos de los héroes laicos.

Henos aquí pues, recordando a Rousseau y el triste destino de sus mortales restos.



El emblemático Château d'Ermenonville donde falleció el gran pensador.



Foto cortesía del autor

- **Primer Acto:**

**Un calvinista convertido
ocasionalmente a católico, de
clásico espíritu, totalmente
deslumbrado por la naturaleza.**

En el número 40 de la Grand Rue de Ginebra nació Jean-Jacques Rousseau, segundo hijo de un modesto y religioso relojero de nombre Isaac y de Suzanne Bernard.

Huérfano de madre a los 9 días de su alumbramiento, la vida de este hombre no sería nada fácil. Fue en esta edad temprana cuando se formaría su personalidad: solitario, retraído, de tímido comportamiento, rasgos que lo acompañarían a lo largo de su existencia.

A los 10 años fue entregado como pupilo a un pastor calvinista, dado que su padre tuvo que exilarse de la ciudad. Dos años más tarde se mudaba a la casa de un hermano de su madre: *“Nacido en una familia en la que reinaban las buenas costumbres y la piedad, educado luego con dulzura en casa de un pastor lleno de sabiduría y de religión, había recibido desde mi más tierna infancia, principios, máximas -otros dirían prejuicios- que nunca me han abandonado del todo”* (Rousseau, 2006, p. 12).

Es posible que esa etapa temprana de la niñez quedara reflejada en sus textos pedagógicos, cuando dice...*“al pedir al*

niño lo que aún no necesita hacer, se aumentan y agravan los males. Así se pierde la libertad real, pues se potencia la dependencia del niño de los demás y de los medios sociales al agrandar sus necesidades” (Rousseau, 1762). A esta difícil niñez se le suma su delicada salud, situación que lo acompañó hasta su muerte. Él mismo relata en sus memorias: *“Nací casi moribundo y con pocas esperanzas de vida. Traje al mundo el germen de una enfermedad que los años han reforzado y que, ahora, si me da algún respiro, es para dejarme sufrir más cruelmente de otra manera...”* (Rousseau, *Cartas Morales y otras correspondencias filosóficas*. Carta al Pastor Jacob Vernes, p.188). A una infancia compleja le sigue una adolescencia acelerada. Trabajó aprendiendo el oficio de grabador y los 16 años dejaría Ginebra, teniendo a partir de entonces múltiples actividades: protegido de Mme. Françoise-Louise Warens, protestante francesa convertida al catolicismo, quien había abandonado a su marido en Lausanne y vivía para entonces en la cercana Annecy. El desamparado Jean-Jacques, según sus palabras, *“...sin ser lo que se llama un joven guapo, era, aunque de baja estatura, bien formado; tenía el pie pequeño, la pierna bien contorneada, la expresión despejada, el rostro animado, la boca chiquita, las cejas y el cabello negros, los ojos pequeños y un poco*



Foto cortesía del autor

Rousseau. “... había recibido desde mi más tierna infancia, principios, máximas - otros dirían prejuicios- que nunca me han abandonado del todo”

hundidos, pero que lanzaban con vigor el fuego en que yo ardía” (Rousseau, 2006). Esta dama sería quien lo atraería a la religión católica, a tiempo que le daría la oportunidad de acceder a una educación intelectual y artística, terminado por ser su amante. Esta relación fue muy fecunda y varias veces interrumpida. Rousseau se referiría a ella como especial y, de hecho, es de las pocas que recoge en sus últimas memorias inéditas (Rousseau, op. cit., p. 8). Rousseau también sería sirviente en Turín; aprendiz de músico en Lausanne; cantor y músico de iglesia; seminarista; secretario de un falso eclesiástico; empleado en una oficina de provisión

de tierras; preceptor de niños en Lyon; secretario del Embajador de Francia en Venecia; compositor de óperas y también cajero de Mme. Dupin en París, entre otras ocupaciones. Ese continuo vagabundeo entre ciudades y países se incrementaría luego de las polémicas de sus escritos, estableciéndose, siempre por poco tiempo, en diversas ciudades de Francia, Suiza, e Inglaterra, terminando siempre de vuelta a París. Entre sus mayores placeres estuvieron siempre el casi obsesivo interés por la lectura - fue en la práctica un autodidacta - así como el vagabundeo por la naturaleza rústica: escapar de la gente que lo rodeaba y aislarse, preferiblemente en

alguna excursión por senderos de montaña poco transitados. En sus memorias recordaría su estancia en el lago de Neuchatel a los 20 años...*“Con frecuencia, cuando estaba en calma, iba inmediatamente después de comer a meterme en el bote.... Erraba sólo por aquel lago, aproximándome algunas veces a la orilla, pero sin abordar jamás. Con frecuencia dejando ir mi barca a la deriva, me dedicaba a sueños sin objeto, y que no eran menos dulces por ser estúpidos. Exclamaba algunas veces: ¡Oh Naturaleza! ¡Oh madre mía! Heme aquí bajo tu única guarda. ¡No hay hombre ni canalla que se imponga entre nosotros!”* (Rousseau, 1985, p. 427). Este inquieto personaje se caracterizó desde niño por huir del mundo real. Siempre se consideró un hombre extremadamente sensible *“Sentí antes de pensar”, dice en sus memorias. En este temprano proceso de formación se suma su amor a los textos greco-romanos y, como él mismo argumenta, no comenzó como un proceso formal de educación, sino como un escape a través de sus lecturas. Disponía de algunos libros en su casa, a lo que se sumaba la rica biblioteca de su abuelo materno. Como bien señala en sus memorias, antes de los diez años ya Plutarco era su lectura favorita: “Del pequeño número de libros que aún leo a veces, Plutarco es el que más me atrae y me aprovecha. Fue la primera lectura de mi infancia, será la última de mi vejez; es*

casi el único autor al que nunca he leído sin sacar algún fruto” (Rousseau, 2006, p. 18). Su concentración casi le permitía transportarse en el tiempo y formar parte de la edad dorada de Roma: *“Ocupado sin cesar de Roma y de Atenas, viviendo, por decirlo así, con grandes hombres”... “me inflamé con su ejemplo y me creía griego o romano. Me convertía en el personaje cuya vida leía”* (Rousseau, 1985, Libro I, p. 5). A pesar de su cultura francesa y el continuo retorno a ese país, siempre cuestionaba la falta de disciplina de dicha sociedad. Las ruinas antiguas ya para entonces formaban parte de una formación ilustrada y Rousseau no dejaba de visitarlas. En su paso por Nimes, critica el abandono de las Arenas romanas, el anfiteatro local: *“...los franceses no tiene cuidado de nada y no respetan ningún monumento. Están hechos para acometer empresas y no saben ni terminar ni cuidar nada”* (Rousseau, op. cit., Libro I, p.170). En contraparte, el respeto y postración ante los logros de los antiguos, contradictorio con su crítica a lo que la formación artística y científica hace del hombre natural, lo llevaba casi a la exaltación y al paroxismo. A sus 26 años, en su primer recorrido por la campiña del sur de Francia, se dirigió a conocer el más conservado acueducto romano de la zona...*“Después de*

desayuno de excelentes higos, tomé un guía y fui a ver el puente del Gard. Fue aquel el primer monumento romano que vi. Esperaba ver un monumento, digno de las manos que lo habían construido. Fue aquella la única vez en mi vida que la realización superó a la esperanza. Solo los romanos pueden producir aquel efecto”... “¡Por qué no habré nacido en Roma!” (Rousseau, op. cit., Libro I, p.168). Naturaleza y clasicismo, un mélange bastante común entre los intelectuales de la época. Su vida familiar fue, en la práctica, un verdadero fracaso, si bien acompañado fielmente por una silente sombra, Thérèse Levasseur, a quien toma como amante a los 33. Thérèse era hija de una buena familia arruinada, que vivía en Orleans. Trece años menor que Rousseau y con poca educación, terminaría siendo su perpetua y callada compañera, además de su necesaria enfermera, hasta la muerte del ginebrino. “De antemano le declaré”... dice Rousseau (Todas las citas cortas entrecomilladas son tomadas textuales de (Rousseau, op. cit.)), “que jamás la abandonaría, aunque no me casaría tampoco”. Sin embargo en 1745 se casarían por lo civil, en una extraña ceremonia donde el propio Rousseau actuaría como oficiante del acto. No por ello el filósofo abandonaría sus ocasionales relaciones amorosas con damas de la nobleza, cuando su problema renal y de incontinencia se lo permitía. Así se referiría en sus memorias a la Sra. Larnage... “fue la primera y la única que he gozado; y puedo afirmar que debo a la señora de Larnage no morir sin haber conocido el placer”...” Si lo que por ella sentía no era precisamente amor, por lo menos era una correspondencia tan afectuosa por el que ella me manifestaba, con una sensualidad tan ardiente en el placer, y una intimidad tan dulce en la conversación, que tenía todo el embeleso de la pasión sin contener su frenesí, que hace perder la cabeza y arrebató el verdadero goce” (Rousseau, 1985, Libro II, p.178). A pesar de su aparente timidez, su vida tenía de Rousseau poco de aburrida. De Thérèse decía...”esta persona tan limitada, y si se quiere tan estúpida, razona de un modo excelente en las ocasiones difíciles”. Sin embargo sus sentimientos eran de una cálida y sencilla amistad... “Vivía con mi Teresa casi tan agradablemente como si fuese el más bello ingenio de la Naturaleza”. El matrimonio tendría cinco hijos, todos ellos entregados a la beneficencia pública, posiblemente debido a la extrema y continúa movilidad Rousseau y la necesidad de contar a tiempo completo con Thérèse. Respecto a este comportamiento afirmaba: “Jamás, ni un solo instante de su vida ha podido ser Juan Jacobo un hombre sin sentimientos, sin entrañas, un padre desnaturalizado”... “Me contentaré con decir que fue tal, que entregando mis hijos a la educación pública por serme imposible educarlos por mí mismo, al destinarlos a ser obreros y campesinos mejor que aventureros y caballeros andantes de la fortuna, creía

hacer un acto de ciudadano y de padre, y me consideré como un miembro de la república de Platón” (Rousseau, op. cit., Libro II, p.219). Un episodio por el que sería a lo largo de su vida fuertemente cuestionado. Rousseau, un personaje enfermizo, introvertido, vagabundo, inestable en sus trabajos, amante de la música, mujeriego, mantenido, sensible y contestatario, en absoluta y pendular fascinación entre el mundo natural y el pensamiento culto de la antigua Roma. Un personaje difícil de trato como el mismo lo reconoce. “Son tan vehementes mis pasiones, que mientras estoy dominado por ellas, mi impetuosidad no tiene límites: no tengo miramientos, respeto, temor ni decoro. Me vuelvo cínico, atrevido, violento, intrépido” (Rousseau, op. cit., Libro I, p. 21). Un personaje que en menos de dos años escribió las más avanzadas ideas de transformación social, las que en muy poco tiempo podrían a prueba los cimientos de las estructuras políticas del mundo occidental en dos continentes.

- **Segundo Acto.**

Escritos incendiarios. Amigos nobles y enemigos revolucionarios.

La vida pública de Rousseau comienza en fecha cercana a su cuarentena. Hasta entonces vivía de sus múltiples y poco permanentes oficios, en especial del copiado de cuadernos de música, área en la cual era reconocido. En 1749 algunos de sus conocidos le solicitan los artículos sobre música para la Enciclopedia, que coordinaba para entonces Diderot, a quien ya Rousseau había conocido. Este sería en la práctica su más cercano amigo, a quien visitaría en la cárcel y con quien terminaría en conflicto e identificando como su enemigo en sus días finales. En 1750 triunfaría como pensador social y político, con el premio obtenido por su ensayo: *“Discurso sobre las ciencias y las artes”*, patrocinado por la Real Academia de Dijon e inspirado por el mismo Diderot. Justo a tiempo, según sus propias palabras... *“Desde mi juventud había fijado esta época de los cuarenta años como el término de mis esfuerzos para encumbrarme y el de mis pretensiones de todo género”* (Rousseau, 2006, p.12). Todos sus primeros escritos sociales tendrían como fondo la contradicción entre sus ideas sociales así como su estrecha relación y dependencia con personajes de la nobleza. Muy pronto la forma emotiva de sus planteamientos le haría conocido en el mundo de las letras francesas, siempre con el sambenito de ser extranjero inmigrante. También escribió una ópera al estilo italiano, *“Le Devin du Village”* (*El adivino del pueblo*), que fue representada en Fontainebleau, a solicitud de madame Pompadour y con la presencia del Rey. Rousseau

fue invitado a la corte con la oportunidad de conseguir una beca, oferta que nunca aceptó. Si bien el pensador ginebrino no era un hombre público, el reconocimiento, la fama y su particular encanto con algunas damas de la sociedad, le permitieron a lo largo de su vida aprovechar las oportunidades de alojamiento que le ofrecerían algunos nobles franceses ilustrados en sus posesiones palaciegas, encantados por la imagen idealista, diletante y sensible del músico suizo. Su esposa Thérèse y muchas veces su suegra Madame Levasseur, como la llamaba Rousseau, le acompañaría en sus permanentes mudanzas, a pesar de su conflictiva relación y poca empatía con su madre política. Su estadía en los dominios rurales de la nobleza francesa no implicaba compartir ni el palacio, ni sus fiestas o agasajos. Fiel a su gusto por la naturaleza y los lugares ocultos, siempre prefería alojarse en alguna construcción auxiliar de la propiedad, alguna cabaña en medio de la fronda. En esas circunstancias escribió, entre 1760 y 1762, sus tres más importantes publicaciones, siendo este, a sus 50 años, el momento más prolífico en cuanto a su propuesta de cambios sociales. La primera etapa de gran creatividad sería durante su estadía con su mujer Thérèse en el llamado *Ermitage*, tal como su nombre lo indica un lugar apartado, el

cual formaba parte del *Château* de La Chevette, en Motmorency, al norte de París. Era invitado de Mme. Louise d'Épinay a quien conocía desde años antes. Dama ilustrada, rica y divorciada de un recaudador de impuestos del Rey, quien era frecuentada por los pensadores de la época, incluido Voltaire y Diderot. Rousseau en su *Confesiones*, acusa Madame D'Épinay de haberlo seducido, y posteriormente traicionado luego de un viaje a Ginebra. Es de anotar que Louise Florence Pétronille, Madame d'Épinay, era frecuente huésped de Voltaire en Ginebra. Esa estancia en Montmorency coincide con la redacción de su extraordinariamente exitosa novela romántica *Julia o La nueva Eloisa*. Luego de su pelea con Madame d'Épinay Rousseau se trasladaría al Petit *Château*, propiedad de Mme. Madeleine Angélique, mariscal de Luxembourg, en el mismo Montmorency. Nuevamente en un ambiente bucólico culminaría la primera versión del *Emilio* y de *El Contrato Social*. Desde 1755 Rousseau había dejado de dar atención a la música, inclusive llegó a proponer una nueva forma de escritura musical, para dedicarse a los temas sociales. En el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* (1755) es donde por primera vez señala el desarrollo de las ciencias y el arte como fuentes de corrupción de la humanidad, en contra del espíritu impoluto propio del

hombre en su origen natural. A partir de ese escrito político, que el mismo Rousseau enviaría a François-Marie Arouet, llamado Voltaire, éste se convertiría en su más irónico crítico, así como ferviente enemigo. A pesar del vanguardismo de las ideas de ambos pensadores, en el fondo atendían a conceptos de origen claramente diferenciados. Voltaire ya era famoso cuando Rousseau se aventuraba con sus primeros escritos sociales. Sus directos ataques a la Iglesia Católica, a diferencia de la prudencia de Jean-Jacques con los temas de religión, lo hicieron blanco de las más variadas acusaciones y maldiciones de los jerarcas eclesiásticos, particularmente en Francia. Decía Voltaire: *"Si alguien debiera quejarse de las letras soy yo, ya que en todos los tiempos y en todos los lugares ellas han servido para perseguirme, pero hay que amarlas a pesar de los abusos que se han cometido, como hay que amar la sociedad donde los hombres malos corrompen las dulzuras, como hace falta amar la patria, aunque en ella surjan injusticias, como hace falta amar al ser supremo, a pesar de las supersticiones y los fanatismos que deshonran tan frecuentemente el culto"* (Voltaire, Carta a Rousseau, 1755). No solo eran las ideas de Voltaire lo que ofendían, era en especial su hiriente ironía. Voltaire no era

ateo, creía en un ser supremo, en la justicia divina y en la existencia del alma: *"El mayor beneficio que debemos al Nuevo Testamento consiste en habernos revelado la inmortalidad del alma"* (Voltaire, 1920, Título: De la necesidad de la Revelación). Lo que si criticaba abiertamente era el irracional y abusivo comportamiento de la jerarquía católica. En su Diccionario Filosófico, Voltaire expresaba, entre otros, su más profunda animadversión con respecto a los enterramientos en el suelo de los templos: *"Cuando entráis en la gótica catedral de París, caminan vuestros pies por deterioradas losas mal unidas y desniveladas. Es porque las han quitado mil veces para enterrar debajo de ellas los cadáveres y los ataúdes"...* *"Llevan a una legua de la ciudad las inmundicias de los excusados, y amontonan desde hace doscientos años en la ciudad misma los cuerpos podridos que produjeron esas mismas inmundicias"* (Voltaire, op. cit., Título: Enterramientos). Rousseau, por su parte, siempre fue un creyente no comprometido. Su formación calvinista le dejaba lugar para la duda pero nunca para la crítica directa. Varias cartas con hirientes comentarios se intercambiarán los dos grandes genios de la época; de un lado Voltaire, quien vivía exiliado en Ginebra, amigo de las familias poderosas

de la ciudad cuna de Rousseau; por otro Rousseau, exiliado, quien vivía para entonces en París, capital de la patria de Voltaire. En 1755 a la comunicación con la que Rousseau había acompañado sus escritos presentándole sus ideas sociales, dado el respeto que sentía por el ya maduro pensador, Voltaire le respondería, en una carta pública, desde Ginebra: *"Nunca se ha empleado tanto espíritu para querer convertirnos en bestias. Cuando se lee su obra, se sienten deseos de andar a cuatro patas"...*"Yo me limito a ser un salvaje apacible en la soledad que he elegido en vuestra patria, donde usted debería estar" (Voltaire, Carta a J.J. Rousseau, 1755). Este enfrentamiento de ideas y de egos sería permanente. En otro texto, no firmado por Rousseau pero atribuido a él en su época, el ginebrino declararía sobre Voltaire: *... "Yo le aborrecería mas, si le despreciase menos. En sus grandes talentos no veo sino un oprobio más que le deshonor por el indigno modo de usarle. Ese balandrón de impiedad, ese brillante ingenio y esa alma rastrera, ese hombre tan vil por el uso que de ellos hizo, nos dejará largos y crueles recuerdos de su permanencia entre nosotros"* (Rousseau en (Barault-Bercastel, 1854)). La verdad racional de uno se enfrentaba a la verdad sensible del otro. Con *El Contrato Social* y el

Emilio, Rousseau se haría universalmente famoso y activamente perseguido. Buena parte de los gobiernos de Europa los prohibirían de inmediato por incendiarios, por contrarios a las buenas costumbres y a la majestad de la realeza y la religión. Ese mismo año sus publicaciones eran censuradas por la Sorbona, despedazadas y quemadas por el Parlamento y se sentenciaba a la cárcel a su autor. Rousseau se fuga a Ginebra, retoma el calvinismo y su ciudadanía. El ensañamiento contra Rousseau nunca amainó, en 1766 Voltaire lo ridiculiza en su *Lettre au Dr. J.-J. Pansophe* cuando escribe... *"Juicioso administrador de la estupidez y de la brutalidad de los salvajes, usted ha gritado contra las ciencias y cultivado las ciencias. Usted ha tratado a los autores y los filósofos de charlatanes y, para servir de ejemplo, usted ha sido autor. Usted ha escrito contra la comedia con la devoción de un capuchino, usted ha considerado como una cosa abominable lo que un sátrapa o en duque tienen de superfluos y usted ha copiado música para esos sátrapas o duques que usted considera superfluos"* (Voltaire, *Lettre au docteur Jean-Jacques Pansophe*, 1766). Ese mismo año era nuevamente rechazado por sus escritos en su tierra natal, huyendo a Basilea, donde un año más

tarde aparecería un opúsculo anónimo, *Sentiment des Citoyens*, escrito por Voltaire, acusándolo de haber abandonado a sus hijos y reclamando el escarnio público. Una turba enardecida apedrearía la casa de Rousseau en Motiers (Cronología de Rousseau. En Rousseau et les Arts. 2012). Terminaría por mudarse a una pequeña isla en del lago de Bienne. Su lago, su isla, su utópico lugar ideal. Sin embargo su espíritu se resentía...*“Verdad es que en medio de los innúmeros ultrajes y de las inconmensurables indignidades que por doquier me agobiaban, algunos intervalos de inquietud y de dudas venían de vez en cuando a socavar mi esperanza y a turbar mi tranquilidad. Las poderosas objeciones que no había podido resolver se presentaban entonces a mi espíritu con más fuerza para acabar de abatirme precisamente en los momentos en que, sobrecargado con el peso de mi destino, estaba a punto de caer en el desánimo”* (Rousseau, 2006, p.15). En 1766 se iría con Thérèse a Inglaterra, otra isla, invitado por el reconocido pensador escocés David Hume, quien un año más tarde le pediría amablemente, por correspondencia, su partida. Regresa entonces Rousseau al Continente, abandonando la pensión que el rey Jorge III le había asignado y

padeciendo desde entonces manía persecutoria. *“Prefiero huirlos a odiarlos”*, diría el filósofo. A su llegada a Francia se instaló, atendiendo a las invitaciones, en casa del marqués de Mirabeau en *Fleury-sous-Meudon* y después en casa del príncipe de Conti en *Trye-le- Château*. Dejaría entonces de realizar escritos políticos y se dedicaría a los libros de música y a sus viajes botánicos. Su última obra publicada en vida, *Las Confesiones*, la fue escribiendo entre 1767 y 1770, con su menuda y organizada letra, en hojas amarillas, que guardaba en un pesado cofre que siempre cargaba consigo a través de su periplo galo. El título refleja un fuerte contenido religioso, tomado del libro de de san Agustín, aunque el autor no lo reconoce y menciona que son únicas en su género

“...Que la trompeta del Juicio Final suene cuando quiera; yo, con este libro, me presentaré ante el Juez Supremo y le diré resueltamente: “He aquí lo que hice, lo que pensé y lo que fui. Con igual franqueza dije lo bueno y lo malo. Nada malo me callé ni me atribuí nada bueno; si me ha sucedido emplear algún adorno insignificante, lo hice sólo para llenar un vacío de mi memoria.

Pude haber supuesto cierto lo que pudo haberlo sido, más nunca lo que sabía que era falso. Me he mostrado como fui, despreciable y vil, o bueno, generoso y sublime cuando lo he sido. He descubierto mi alma tal como Tú la has visto, ¡oh Ser Supremo! Reúne en torno mío la innumerable multitud de mis semejantes para que escuchen mis confesiones, lamenten mis flaquezas, se avergüencen de mis miserias” (Rousseau, 1985, Libro I, p.1).

Rousseau, como él mismo decía, no temía a la muerte...“*Por lo común estaba bastante tranquilo, y la impresión que en mi alma producía la idea de una muerte próxima no era tanto de tristeza como de una apacible languidez, que hasta encerraba sus dulzuras”* (Ibíd., Libro II, p. 152). Menos aun si la naturaleza le rodeaba...“*Cuando me veáis próximo a la muerte, llevadme a la sombra de una encina; os prometo revivir”*. Desgraciadamente para él eso no fue así, en el momento de su muerte estuvo solo y nadie lo pudo llevar a la encina más cercana.

- **Tercer Acto:**

Emilio y el maestro jardinero; Julia o la Nueva Heloisa, amores imposibles en un rústico jardín

En todo el pensamiento social de Rousseau está permanentemente la tensión entre el orden natural y la necesidad de orientarlo mediante una educación que no destruya lo bueno y sabio que el hombre hereda de su madre naturaleza.

Para Rousseau la educación del niño y del joven es un instrumento básico para su integración social, conservando su individualidad. En su texto *Emilio*, escrito paralelamente al *Contrato Social*, esta continuidad se ve claramente. El hombre salvaje es bueno por naturaleza, pero a la vez débil.

El mal está presente en el mundo social y por ello es necesario regularlo, llegar a un contrato social, pues el hombre no puede desarrollar al máximo sus capacidades si no es en sociedad. En el *Emilio*, Rousseau ve a los niños ante la educación como las plantas de un jardín. Con cada lección se transforma la propuesta natural, como podar los árboles, modificando su estructura lentamente.

El preceptor, como los jardineros, lo que hace es orientar el sentido de aquellas fuerzas naturales. Sin embargo, el fin último de la educación sería la libertad, solo posible en un individuo en aislamiento, lo que es una utopía. La crisis de las instituciones básicas de Europa, la

iglesia y la monarquía, llevaba a casi todos los pensadores de la época a retrotraer el desarrollo de la humanidad hasta sus primeros albores. El mismo naturalismo que promueve Rousseau subyace en muchas de las propuestas de los pensadores de su tiempo, no sólo en el ámbito social.

Es el caso del primitivismo arquitectónico propuesto en esos mismos años por Marc-Antoine Laugier (1713-1769) jesuita de Manosque, quien escogió la imagen de la cabaña primitiva idealizada, un cobertizo formado naturalmente por cuatro árboles y unas ramas entrelazadas, como portada de su famosa e influyente obra, *Essai sur l'Architecture* (1755). Este tratado proponía un nuevo acercamiento a dicha disciplina, teniendo como verdad única la razón. En esa cabaña estarían contenidas las reglas naturales de la ciencia y arte de la construcción.

Nuevamente, la búsqueda de la razón propia del pensamiento ilustrado remitía a los clásicos, en este caso al militar Marco Vitrubio Polión, el tratadista romano del siglo I a.C., quien ya había establecido esta teoría en sus *Diez Libros de la Arquitectura*.

Esta idea primaria se trasladaría de inmediato a los jardines. Los jardines naturales, con su fogosa y lujuriosa ferocidad, siempre estuvieron en la mente

de Rousseau, en contraposición de los rígidos, perpendiculares y castrantes jardines barrocos franceses. Su temprana vida en la campiña suiza y la agreste presencia de los Alpes dejaron una imagen idílica del campo en la mente del escritor. Así describe una de sus excursiones:

Despacio y a pié trepaba senderos bastante escarpados, conducido por un guía que había alquilado, y en quien he hallado en todo el camino, más que un sirviente, un amigo. Quería dejar correr mi fantasía; y a cada instante me lo estorbaba un no esperado espectáculo. Pendían a veces encima de mi cabeza inmensas medio arruinadas roca; a veces me inundaban en su densa niebla altas y ruidosas cascadas, y a veces un inmenso torrente me descubría a mi lado una sima cuya profundidad los ojos no eran osados contemplar. Perdíame unas veces en la oscuridad de una enmarañada selva, y en otras al salir de un despeñadero a deshora regocijaba mis ojos en una lozana pradera. En todas partes se manifestaba la mano del hombre en una pasmosa confusión con la naturaleza silvestre y la naturaleza cultivada, donde habíamos creído que aquel nunca había penetrado; cabe una caverna se encontraban casas, veíanse pámpanos secos donde solo abrojos se guardaban, vides en tierras que los montes habían rodado, sazonadas de frutas encima de peñascos, y tierras de labor entre precipicios. No

era solo el trabajo humano el que tan raras oposiciones en estos extraños países producía; la naturaleza se complacía también al parecer en oponerse a sí propia: tan diversa se la encontraba en el propio país bajo distintos aspectos. Al oriente las flores de la primavera, al mediodía las frutas del otoño, y al norte los hielos de invierno; todas las estaciones las reunía en un mismo instante, todos los climas en un mismo sitio, contrarios terruños en un mismo suelo, formando la acorde reunión en cualquier otro país desconocida de producciones de los llanos y los Alpes (Ibíd., Libro I, p.25).

Ese bucólico ambiente natural, sumado a sus múltiples experiencias amorosas, cribadas por su sensibilidad y buen gusto, serían trasladados a la primera novela del romanticismo en idioma francés: Cartas de dos amantes, Habitantes de una pequeña ciudad a los pies de los Alpes. Llamada luego Julia o La Nueva Heloisa, puesta a la venta en París en 1761, con un éxito inmediato. Rousseau acude allí a la memoria romántica francesa al recordar los más celebres amores imposibles de su historia, los del Abate Abelardo y su pupila Eloísa, en el París del siglo XII. Estos amantes, castigados en vida, y separados en su muerte serán recompensados en 1817 al abrirse el cementerio de Pere Lachaise en París. Allí, como mecanismo de promoción del

nuevo patrón de enterramiento laico y romántico, reposarían juntos para siempre. En la obra de Rousseau los amores se estructuran a partir de una dinámica epistolar entre el Sr. Saint-Preux, tutor, y de la joven noble Julia d'Etanges.

La obra contiene la posición de Rousseau con respecto a buena parte de las convenciones sociales de la época, así como su opinión sobre la amistad entre personas de ambos sexos, también sobre la pasión amorosa y el matrimonio. Los amores terminan en triste separación debido a la incomprensión social y Julia entregada a la religión, lo que lleva a su trágico destino al arrojarse al agua para salvar a un niño.

Los escenarios son bucólicos, cascadas, grutas, bosques y, en especial, los lugares inmediatos al lago de los Sres. Wolmar, con el nombre de Eliseo, como los idílicos jardines del infierno griego donde placían los héroes y los hombres ilustres.

En el libro, entre muchos otros temas, Rousseau orienta al lector sobre la importancia de la naturalidad de los jardines, el placer de su arreglo, siempre dejando claro que el buen gusto está en que no se note la mano humana.

*El error de los pretensos
hombres de gusto es querer arte
en todas partes, no estando*

satisfechos si no se deja ver el arte mientras que consiste el gusto sano en ocultarle, especialmente cuando se trata de las producciones de la naturaleza... ¡Pues que hará un hombre de gusto, que vive por vivir, que sabe disfrutar de sí propio, que aspira a sencillos y verdaderos contentos, y que quiere tener un paseo a la puerta de su casa! Le hará tan cómodo y tan agradable que pueda gozar de él a cualquier hora del día, al mismo tiempo tan sencillo y natural que no parezca que ha hecho nada (Rousseau, 1836, pp. 251/252).

La recomendación no caería en tierra seca. Muchos admiradores de Rousseau verían en estos jardines románticos la expresión del cambio civilizatorio. El éxito de La nueva Eloísa traspasó fronteras. Simón Bolívar lo leyó mientras estuvo exilado en Haití y continuamente se referiría a dicha novela en sus cartas a Manuelita Sáez, quien tenía a Julia como una de sus heroínas. También abrió la imaginación a cientos de visitantes que llegaría al cantón de Ginebra, buscando el rastro de Julie y de Saint-Preux, así como las huellas de Rousseau en el lago de Bienne.

- **Cuarto Acto:**

Rene-Louis de Girardin, los utópicos jardines de su château y la fatal visita de Jean-Jacques.

Poco a poco, cual arroyos alpinos juntándose en un lago, llegamos al escenario del sainete, los jardines de

Ermenonville. Esta propiedad pertenecía a un pudiente e ilustrado noble, monsieur Rene-Louis marqués de Girardin, oficial del ejército del Louis XV, conde de Vauvré y Brégy, seigneur de Ermenonville y Primer Chambelán y Comandante de la Guardia de Corps en la corte del rey de Polonia en Luneville. M. Girardin había leído las obras de Rousseau, convirtiéndose en cuerpo y alma a la doctrina naturalista.

Había heredado la posesión de Ermenonville en 1762 de su madre, junto con una importante renta anual. El pequeño pero elegante château contaba con una extensa propiedad en las colinas del sur de Senlis. Como todo château que se precie de francés, tenía un jardín de rectos parterres y un alargado espejo de agua.

A partir de 1764, y por más de doce años, Monsieur Girardin invirtió buena parte de su fortuna y de su tiempo - él mismo formaba parte del plantel de jardineros - para realizar el jardín que albergara todas las ideas de Rousseau, a quien había tenido la oportunidad de conocer en 1770.

Los paisajes de Julia o la Nueva Heloisa fueron el guión a seguir, utilizando la presencia del serpenteante arroyo de Nonett, que corría a espaldas de su posesión. No era este el único espacio de aplicación práctica de las ideas roussonianas para Girardin, el otro

era su propio hijo, Cecil Stanislas-Xavier, quien sería educado al pie de la letra siguiendo el Emilio. No es extraño que le hubiese salido radicalmente evolucionario y fuera electo como una de los miembros de la Asamblea Nacional en 1791.

Terminaría emigrando a Saint-Domingue (Haiti), para promocionar, en contra de la Revolución, la libertad de los negros en las haciendas azucareras y luego de la revolución negra regresar a Francia completamente arruinado. Para las obras prácticas del jardín monsieur Girardin tampoco partía de cero. Había visitado jardines en Alemania y particularmente en Inglaterra había tomado notas llevando consigo a un jardinero escocés.

Entre los visitados estuvo el Stowe Garden, en el condado de Buckingham, uno de los primeros jardines románticos ingleses, con sus monumentos neoclásicos y sus falsos montículos funerarios, un tema propio del romanticismo, además de las vacas y las cabras pastando libremente. Sus lecturas y la experiencia de su propio jardín lo llevaron a escribir una de las primeras obras sobre paisajismo romántico, *Compositions des paysages* (1777), en el que orienta a los propietarios a realizar la organización vegetal de manera de embellecer la naturaleza en torno a la vivienda, uniendo lo agradable a lo útil.

Él escribió en el último capítulo de su libro...“Si usted quiere alcanzar la verdadera felicidad, siempre debe buscar los medios más simples y los arreglos [en el jardín] más cercanos a los de la naturaleza, porque sólo ellos son verdaderos y tendrán un efecto de larga duración" (Girardin). Un jardín debía ser como el recorrido por un conjunto de pinturas, donde cada una de ellas hace juego con los sentimientos del paseante, cada una diseñada para ser vista desde un punto de vista diferente y en diferentes momentos del día para lograr un efecto emocional.

Algunas escenas evocarían la soledad, otros los placeres de la vida bucólica, otros los ideales de armonía y de la inocencia. Estas escenas se descubrían siguiendo un sinuoso camino por el jardín, con una serie de puntos de vista diferentes y provistos de sorpresas. En el texto también incorporó aquí algunas referencias a El Contrato Social de Rousseau, en cuanto a la relación del hombre con la tierra.

El tema de lo útil no era para monsieur Girardin mero discurso, pues él destinó la parte plana del jardín, el amplio prado tras el lago, al cultivo de cereales y legumbres, tierras que había repartido entre los campesinos de su localidad. Diría: “*El jardinero aficionado ha de abrir su corazón a todas las miserias y al amor al prójimo se ha de situar por encima del pacer estético*” (Von Buttlar, 1993).

El Château de Ermenonville separaba en dos tramos el jardín. El primero, al que habrían los salones y que ya existía a la llegada de monsieur Girardin, se “naturalizó”,

convirtiendo el largo y recto espejo de agua con un trazo zigzagueante, y sembrando arbustos y plantas locales que “escondieran” la larga perspectiva barroca. En el jardín sur, del lado que estaba la entrada de carruajes, se aplicó en sí el proyecto. El pequeño riachuelo fue represado para formar un lago de bordes ondulados.

La salida de agua fue canalizada para formar una cascada, la cual podía ser vista desde el Château. El riachuelo era cruzado por pequeños puentes, todos realizados con materiales y manufactura rústicos. Un sendero sinuoso rodeaba el lago, acercándose y alejándose del mismo y tocando sus orillas solo en un punto donde se ubicó un pequeño embarcadero.

Al fondo, inmediato al prado productivo, se ubicó la “*Isla de los grandes álamos*”, la cual con la verticalidad de sus árboles servía como punto focal en la lejanía. Otro camino, “El sendero de los sueños”, subía a las colinas, encontrándose con románticos entornos, como el de “Los Peñascos de la Soledad”, el “*Altar de la Ensoñación*”, así como salpicadas aquí y allá lápidas semi-escondidas entre los arbustos, con pensamientos de los filósofos antiguos y modernos.

La presencia del hombre en su hábitat natural se intuía en sombría caverna, o en el conjunto de los dólmenes, los que evidenciaban el proceso de cambio y adaptación del hombre salvaje a su hábitat. Otras... “*pequeñas edificaciones necesarias para los hombre y para el espíritu*”... adornaban el entorno, destacando el “*Templo de la Filosofía*”. Este pequeño e inacabado templo, como la filosofía misma, tuvo como modelo el tholo griego, edificio de planta circular, con columnas perimetrales, cubierto de una cúpula.

Cada una de las seis columnas está dedicada a un filósofo, con una frase en latín que recuerda su más significativo aporte: Descartes: “*Nil in rebus inane*”, validando el raciocinio; Newton: “*Luce*”; W. Penn “*Humanitate*”; Montesquieu: “*Justiciam*”; Rousseau: “*Naturam*”; y por supuesto, la dedicada por Girardin a Voltaire: “*Ridiculum*”.

Otras dos frases se escriben en sus entablamento: “*Perum cognoscere causas*” y “*Qui hoc perficient*”, una duda eterna, ¿Quién esto terminará? El atractivo de la propiedad era tal que en 1778 el hermano de Girardin escribiría una guía para la visita del jardín (Linden, 2007, p.59). Años más tarde, en 1811, un nuevo libro sobre Ermenonville, con grabados, sería editado por el arruinado hijo de monsieur Girardin a su regreso de Haití. En 1777, sabiendo que Rousseau desde París estaba en búsqueda de un retiro de campo, monsieur Girardin lo invita a instalarse en Ermenonville, entusiasmado por compartir con el maestro el fruto de sus esfuerzos paisajísticos.

Eran tiempos difíciles para Rousseau, con 65 años, afectado en su salud por sus cólicos nefríticos, se encontraba cada vez más huidizo: “*Todo ha acabado para mí en la*

tierra. Ya no me pueden hacer ni bien ni mal. Ya no me queda esperar ni temer nada en este mundo, y heme aquí, tranquilo en el fondo del abismo, pobre mortal infortunado" (Rousseau, 2006, p.15).

Solo se dedicaba a escribir una que otra página de sus memorias y a pasear recogiendo plantas y clasificándolas. Así reseña estos últimos años:

No busco en absoluto instruirme; es demasiado tarde. Además nunca he visto que tanta ciencia contribuya a la felicidad de la vida. Trato empero de proporcionarme entretenimientos dulces y simples que pueda disfrutar sin esfuerzo y que me distraigan de mis infortunios. No tengo gusto que hacer ni fatigas que pasar para vagar indolentemente de hierba en hierba, de planta en planta, para examinarlas, para comparar sus diversos caracteres, para señalar sus relaciones y sus diferencias, para observar, en fin, la organización vegetal con miras a seguir la marcha y el juego de estas máquinas vivas, a buscar, a veces con éxito, sus leyes generales, la razón y el fin de sus estructuras diversas, y a entregarme al encanto de la admiración agradecida para con la mano que me hace gozar de todo esto (Rousseau, 2006, p. 37) (Los trabajos herborísticos de Rousseau serían publicados póstumamente (1808) con el título de *Botánica*).

En mayo del siguiente año la invitación fue aceptada. Rousseau mandó por delante a Thérèse, a Madame Levaseur, su suegra, sus muebles y sus baúles con papeles, mientras él, a pie, luego de tres días en marcha por el campo, cubriría los 70 km que separan a Paris de Ermenonville. Una frase recogida por monsieur Girardin hijo señala el contento de Rousseau al llegar a la propiedad:

"hace mucho tiempo, mi corazón me llamaba hacia aquí, y lo que ven mis ojos, me dan ganas de quedarme aquí siempre" (Rene de Girardin. *Centro de Interpretación del Parc J.J. Rosseau. Ermenonville*).

Ermenonville no estaba cerca de París, lo que era una ventaja, pues el invitado evitaba visitantes molestos; sus bosques, senderos y particularmente el pequeño lago y su isla permitían a Rousseau largos paseos y así como recoger muestras botánicas.

Entre sus actividades preferidas estaba conversar con los campesinos que trabajaban en el prado, o con el posadero en el pequeño poblado del dominio. Estos eran los únicos encuentros que aun soportaba.

Sin embargo, aún siento placer, preciso es confesarlo, en vivir en medio de los hombres en tanto mi rostro les es desconocido. Pero es éste un placer que apenas se me deja. Hace unos años todavía me gustaba atravesar los pueblos y ver de mañana a los labriegos aviando los manguales, o a las mujeres a la puerta con sus niños. Tal visión tenía un no sé qué que emocionaba mi corazón. A veces deteníame, sin guardarme, a mirar los trasiegos de aquellas buenas gentes y sentíame suspirar sin saber por qué (Rousseau, 2006, p. 56).

Desconocía monsieur Girardin el terrible destino del filósofo a algo más de un mes de su llegada. El 2 de julio de 1778, en horas de la tarde, Jean-Jacques Rousseau aparecería muerto en el interior de su cabaña, con las puertas y ventanas cerradas, mostrando una profunda herida en su sien derecha.

Las causas de la muerte nunca quedaron claras. Asesinato, apuntaron algunos; suicidio, dijeron otros. Un golpe accidental con la chimenea, ocasionado por un paro cardíaco, sería lo determinado por las autoridades locales, posiblemente evitando así un escándalo.

Al día siguiente el escultor Jean-Antoine Houdon, quien se encontraba en Senlis, haría con cera el molde para la máscara mortuoria de Rousseau, trabajo dificultado por la herida abierta del lado derecho del cráneo (Feuchtwagner, 2003) (La máscara se encuentra actualmente en la Biblioteca de Ginebra).

Triste y solitario final para el más insociable socialista de esa época.

- **Quinto Acto:**

Un improvisado cementerio romántico, con monumento, peregrinación y viuda incluida.

El cuerpo de Rousseau debía ser enterrado. Ni pensar en llevarlo a la cercana abadía real de *Chaalis*. Por una parte, por la dudas sobre su verdadera

religión, y por otra porque se había corrido la voz de que había sido suicidio. Monsieur Girardin decide entonces enterrarlo en su propiedad y convertirse así en sacerdote de un nuevo culto: La tumba de Rousseau. Nada más apropiado que dedicarle para su eterno descanso la Isla de los Álamos, en el lago de Ermenonville. Nuevamente las islas, rústicas, incomunicadas, solas, son espacios protagónicos en la vida de Rousseau, su utópica arcadia:

De todas las moradas donde he vivido (y las he tenido encantadoras), ninguna me ha hecho tan auténticamente feliz ni me ha dejado tan tiernas remembranzas como la isla de Saint-Pierre, en medio del lago de Biemme. Esta pequeña isla que en Neuchâtel llaman la isla de La Motte es muy poco conocida, incluso en Suiza. Ningún viajero, que yo sepa, la menciona. Sin embargo, es muy agradable y está singularmente situada para la dicha de un hombre que guste de circunscribirse; porque aunque sea quizás el único en el mundo a quien su destino se lo ha decretado, no puedo creer que sea el único con un gusto tan natural, aunque no lo haya encontrado hasta ahora en nadie más (Rousseau, 2006, p. 26).

La noche de 4 de julio, entre antorchas, el cadáver de Rousseau era trasladado y enterrado en la Isla de los Álamos. Una sencilla lápida provisional marcó el sitio, mientras monsieur Girardin encargaba el monumento al escultor Jacques-Philippe

Lesueur, siguiendo un boceto del pintor Hubert Robert. Robert era para entonces un conocido artista, pintor, grabador de ruinas clásicas y diseñador de jardines. Había estudiado en la Academia de Francia en Roma y para entonces colaboraba con los jardines del Petit Trianon en Versalles. Robert escogió un sarcófago romano en mármol.

Sería este el primer sarcófago en un jardín romántico que realmente contuviera un cadáver. El monumento llevaba a un lado lleva el lema con el cual Rousseau acompañó la presentación de sus primeros escritos: *“Vitam Impedere Vero”*, aquí reposa el hombre de la naturaleza y de la verdad. También está grabada una palmera como símbolo de la fertilidad y una mujer con un niño recordando el Emilo y la nueva sociedad que éste gesta.

Por el otro lado la leyenda dice: *“Aquí reposa el hombre de la naturaleza y la verdad”*. Las figuras que acompañan este lado bailan alrededor de una hoguera donde se queman símbolos de la tiranía, fajas, corsés, etc. También hay una ofrenda de flores en un altar dedicado a la naturaleza.

La huidiza verdad, el tema que Rousseau defendía, y que le servía de lema para su vida eterna, era comentada por el filósofo en sus memorias póstumas: *“Al ir escudriñándome entonces con más*

cuidado, quedé muy sorprendido por la cantidad de cosas de mi invención que recordaba haber dicho como verdaderas en el mismo tiempo en que, orgulloso para mis adentros de mi amor por la verdad, le sacrificaba mi seguridad, mis intereses, mi persona con una imparcialidad de la que no conozco ningún otro ejemplo entre los humanos. Lo que más me sorprendió fue que, cuando recordaba las cosas inventadas, no sentía ningún sincero arrepentimiento” (Ibíd., p.18).

Quedaba así Rousseau instalado en el primer cementerio romántico de la Europa occidental, en su romano sarcófago, cumpliendo sus sueños de querer se parte de la antigüedad; en su isla, custodiado y separado del mundo por el lago, protegido por los flamígeros álamos, y listo para dar inicio a un nuevo culto.

La viuda Thérèse permaneció en Ermenonville gracias a una pensión que le asignó monsieur Girardin, eso sí, siempre que acudiera en algunos horarios establecidos a acompañar al difunto, desde un banco de piedra en la orilla.

Sería también Girardin quien encargara el primer busto del filósofo para obsequiarlo a la viuda. En poco muy poco tiempo el lugar del último descanso de Jean-Jacques se convertía en sitio de peregrinación de nobles y de revolucionarios.

Muchos de personajes que quedaron registrados por la historia visitaron la tumba en la Isla de los Álamos. Luego de estar instalado el monumento de Robert, en 1780, uno de los primeros visitantes fue la joven María Antonieta de Austria reina de Francia, quien incorporaría el discurso de la vuelta a la naturaleza a la aldea rústica que dos años más tarde se construiría en Versalles. Según las relaciones locales, se sentó en el banco de piedra de la viuda y recogió flores silvestres que depositó en la tumba de Rousseau.

Seguirían otros nobles ilustrados, tales como el rey Gustavo Adolfo de Suecia, en 1871; José II, Emperador de Austria y hermano de la Reina de Francia, así como también Paul I de Rusia. También peregrinaban a la tumba aquellos que blandían las banderas revolucionarios de Jean-Jacques allende los mares: el General Lafayette, Benjamín Franklin, Embajador de Estados Unidos en Francia y Thomas Jefferson.

No podían faltar a rendirle tributo los revolucionarios franceses: Maximilien Robespierre, el conde de Mirabeau, Georges-Jacques Danton y el joven Louis de Saint-Just, a quienes se sumarían artistas y poetas románticos, entre ellos el literato François-René Chateaubriand y el dramaturgo alemán

Friedrich von Schiller. En 1794 la revolución de Robespierre le asignaría al marqués de Girardin su *château* por cárcel. Poco después dejaría la propiedad para siempre. Posteriormente sería su hijo, Cecil-Stanislas, quien se ocuparía el olvidado jardín. El último visitante ilustre de esta etapa fue el propio Napoleón Bonaparte, quien se encontró en la propiedad con Stanislas, con quien pudo intercambiar las remembranzas de los pasos de Rousseau por estos senderos. Allí se daría, según las memorias de Stanislas el famoso diálogo:

Napoleón: *“Hubiera sido mejor para el mundo que este hombre no hubiese existido”*

Stanislas: *“¿Por qué Ciudadano Cónsul?”*

Napoleón: *“Porque él ha organizado la Revolución Francesa”.*

Stanislas: *“Yo creo que no es Ud. Ciudadano Cónsul quien debe quejarse de la Revolución”.*

Napoleón: *“Bien. El futuro dirá si no era mejor para el resto del mundo, que ni Rousseau, ni yo, hubiéramos existido nunca” (Vid. Las memorias de Stanislas Girardin, 1823).*

No sería la tumba de Rousseau la última en el jardín de Ermenonville. En 1779, el pintor de paisajes Georges-Frédéric Mayer murió en Ermenonville y Girardin lo enterró en otra pequeña isla al norte del lago, cercano a la cascada. Otra lápida funeraria fue dedicada a una mujer y su niño, con una leyenda que decía: “A



Foto cortesía del autor

El Templo de la Filosofía. “Cada una de las seis columnas está dedicada a un filósofo, con una frase en latín que recuerda su más significativo aporte: Descartes: “*Nil in rebus inane*”, validando el raciocinio; Newton: “*Luce*”; W. Penn “*Humanitate*”; Montesquieu: “*Justiciam*”; Rousseau: “*Naturam*”; y por supuesto, la dedicada por Girardin a Voltaire: “*Ridiculum*.”

mi hijo, a mi mujer, viví para amarlos, sobreviví para llorarlos”. Para dar el toque romántico final que el jardín requería, en 1791, un joven desconocido de 31 años, calificado como “*neurasténico*” por las autoridades, se suicidó de un tiro frente a la tumba de Rousseau, dejando una nota que decía “*victima del amor*”.

Girardin lo enterró en una colina que sobremira la tumba de Rousseau, con una lápida en piedra con la leyenda “*à un malheureux, rêveur mélancolique*”.

Luego de la muerte de Rene Girardin en 1808, sus admiradores le construyeron una estela funeraria, más

un recordatorio que una tumba, en uno de los senderos. Ermenonville fue, entonces, el más temprano y romántico de los jardines funerarios en Francia.

- **Sexto y último Acto:**

Guillotina y revolución. Permutando mártires por héroes y el triste destino de los despojos del preclaro ginebrino.

En ambiente revolucionario no podía durar mucho este paraíso. En los campos elíseos infernales no pasa mucho, pero si en los jardines franceses. Los malos vientos se manifestaron desde 1787, cuando una violenta tormenta devastó los jardines de Ermenonville,

con grandes daños que solo fueron parcialmente reparados. Los acontecimientos de París de julio de 1789 llegaron hasta Ermenonville al año siguiente. Una turba vandálica, en parte formada por los mismos campesinos a los que Girardin había dotado de tierras, llevaba a la ruina las clásicas ruinas del jardín, incluyendo el templo de la filosofía, cuyas columnas, como las bases idealistas de la Revolución Francesa, rodaron pendiente abajo, afortunadamente sin que nada le sucediera a la tumba del filósofo. Rousseau era una de las grandes glorias del Pueblo en Armas. En París, mientras tanto, la Asamblea General honraba con un reconocimiento a Thérèse, como abnegada compañera del escritor, luego que esta donara a la nación los manuscritos de Rousseau que estaban en su poder. Ésta pudo entonces dejar el papel de viuda en Ermenonville y trasladarse a mejor vida en París, con su madre. En la capital francesa los homenajes a Rousseau requerían de un monumento que sirviera de referencia al culto. Para ello en 1790 la Asamblea Nacional lanza un concurso para hacer una escultura pública de Rousseau por subscripción popular, en el Jardin de Tuileries, en pleno centro de París. Esos jardines habían sido diseñados por el arquitecto Le Notre para Louis XIV, en una rígida simetría que tenía como punto central una fuente circular, rodeada de estatuas de los dioses romanos. En 1791 se convocaba nuevamente a un salón

para proponer un monumento a Rousseau donde participan algunos de los artistas más reconocidos de entonces, como Chaudet, Lorta, Lucas Montigny, Monot, entre otros. La leyenda debería contener la frase “*A la France libre*” y “*á JJ. Rousseau*” y la divisa del filósofo “*Vitam impedere vero*”. También se señalaba que debía hacer referencia a las ideas sobre Rousseau, con referentes a sus obras El Contrato Social y el Emilio, así como a la botánica. En 1792, el 10 de agosto, unos 30,000 revolucionarios enviados por Robespierre toman el Palais de Tuileries en búsqueda del Rey, masacrando unos 600 oficiales de la Guardia Suiza. A partir de ese momento los jardines de palacio serán el centro de las concentraciones revolucionarias, en eje con la Plaza de la Revolución (La Concordia), donde se instalaría la guillotina, en línea recta con la fuente circular, todo un orden paisajístico del terror. En enero de 1793 la cabeza de Louis XVI rodaba por el pavimento de la revolucionaria plaza. Sangre por medio, el monumento a Rousseau siguió su curso y para septiembre de ese mismo año ya se habían presentado 25 propuestas al llamado, algunas de las cuales serían expuestas en el salón de ese año y otras exhibidos en los jardines de *Tuileries*. Entre estos destaca una estatua con Jean-Jacques sentado, con el lema “La República agradecida a Rousseau”, obra de Jean Françoise Lorta, así como la propuesta de Jean-Thomas Thibault, que pretendía recrear la Isla de los Álamos,

con una estatua del filósofo en su centro. La furia revolucionaria que desde 1789 había desacralizado iglesias y capillas por toda Francia, mezclando huesos de mártires reyes, nobles y burgueses enterrados “*ad santos*” llegaría a su paroxismo. Para julio de 1793, en plena expansión de la locura revolucionaria, se decretó la violación del más sagrado relicario de la nación, Saint Denis, donde reposaban todos los reyes de Francia desde los Capetos. Sus tumbas fueron violentadas, sus cadáveres ridiculizados, en particular Enrique IV, quien había sido momificado, y todos los restos de las testas coronadas enterrados en una fosa común. En la Francia Revolucionaria santos, mártires y reyes, no tenían descanso eterno; los nuevos mártires sí. Ya Voltaire había criticado con fuertes argumentos el paganismo detrás del culto a los restos: “Durante los tres primeros siglos del cristianismo se concretaron a celebrar el día de la muerte, que llamaban su día natal, reuniéndose en los cementerios donde descansaban sus cuerpos, y a rezar por ellos, como hemos visto en el artículo titulado Misa. No se creía entonces que, transcurriendo el tiempo, los cristianos robarían los cadáveres de los templos, transportarían sus cenizas y sus huesos de un sitio a otro, los enseñarían en los púlpitos y harían con ellos un tráfico que excitaría la avaricia a llenar el mundo de reliquias falsas” (Voltaire, 1920, Título: Reliquias). En este caso se trataría de los creadores

de los idearios revolucionarios quienes se convertirían en reliquia. La Iglesia de Sainte Geneviève era, sin duda, para entonces el edificio religioso más moderno de la ciudad, diseñado por el arquitecto Soufflot, se había iniciado en 1758 y recién se había concluido al comenzar la Revolución. Su fachada se inspiraba en el *frontis* del Panteón de Agripa en Roma, edificio que el Papa Bonifacio IV había convertido en Iglesia cristiana con el nombre de “Santa María de los Mártires”, dado que en sus criptas se pretendía enterrar a los mártires cristianos dispersos por los diversos cementerios de la ciudad. Así, por tamaño, ubicación y simbolismo, Sainte Geneviève sería el nuevo espacio para los mártires y grandes hombres de la patria francesa, tomando el nombre de Panthéon, el lugar de todos los dioses. Las inhumaciones en el Panthéon habían sido oficialmente inauguradas con el entierro del conde Mirabeau, en abril de 1791, retirado luego por orden de Robespierre, cuando se descubrieron sus cartas con el encarcelado Louis XVI; todos los héroes tienen su techo de vidrio. Seguiría el siempre amado y nunca bien ponderado Voltaire. Françoise-Marie había muerto luego de unos días de agonía en mayo de 1778, solo seis semanas antes que Rousseau, en Champagne. Fue enterrado en la cripta de la abadía de Scelliers gracias a que la negativa para su entierro, enviada por el arzobispo de *Tours*, llegó tarde. Como era de uso común con los príncipes y los

obispos, el corazón y el cerebro de Voltaire fueron extraídos del cuerpo antes del enterramiento y conservados aparte. El cerebro aun se existe en la Biblioteca Nacional de Francia, del corazón nadie sabe, hay quien opina que nunca tuvo uno. Trece años después, en alegórica procesión, los restos de Voltaire fueron trasladados en al Panthéon, y depositado en la cripta del lado derecho del otrora templo católico, ahora laico. Un sarcófago en pórvido, con leyendas alusivas al filósofo, se completaría en 1808 siguiendo las órdenes de remodelación del

Panthéon de Napoleón, con una estatua pedestre de Voltaire, con su irónica sonrisa siempre presente, realizada por Jean-Antoine Hudon, el mismo artista que hiciese en 1778 la máscara mortuoria de Rousseau. Con la restauración de la monarquía en tiempos de Louis XVIII se propuso retirar a Voltaire del Panthéon a lo cual contestaría el rey Borbón: “Dejadlo, ya es castigado bastante tener que oír misa todos los días”. En 1794 la era oscura liderada por Maximilien Robespierre tiene su más alto momento

La Isla de los Alamos. *“La tumba de Rousseau. Nada más apropiado que dedicarle para su eterno descanso la Isla de los Álamos, en el lago de Ermenonville. Nuevamente las islas, rústicas, incomunicadas, solas, son espacios protagónicos en la vida de Rousseau, su utópica arcadía.”*



Cortesía del autor

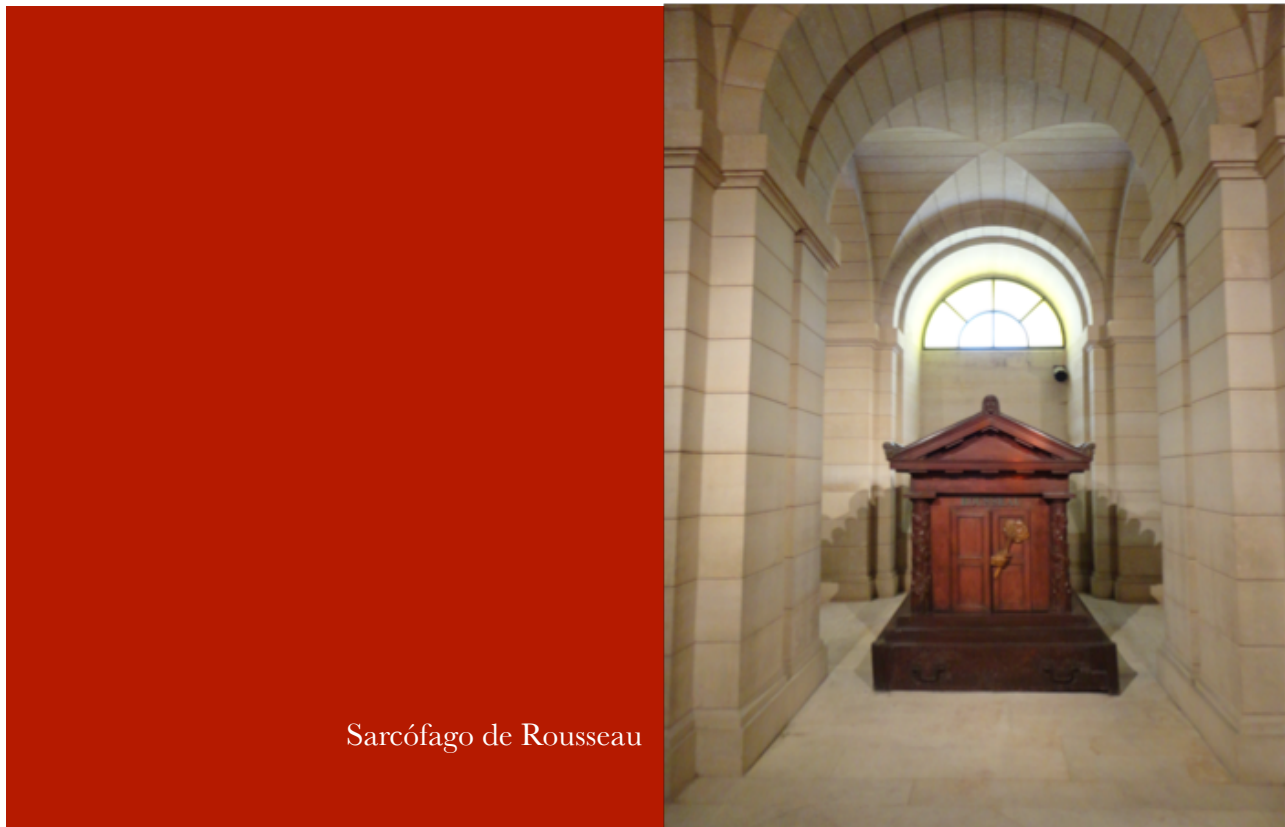
de expresión y la locura colectiva se apodera de París y de la Asamblea.

El 14 de abril la Asamblea aprueba el traslado de los restos de Rousseau, también se decreta celebrar el 8 de junio una ceremonia en honor al Ser Supremo, para lo cual se utilizará la ya famosa fuente redonda del ahora llamado Jardín Nacional. Para el inicio de la festividad se ubicaron estatuas representativas de los sentimientos enemigos de la patria: la ambición, el egoísmo, la simplicidad y la discordia.

Entre gritos y algarabías se les prendió fuego en representación de la Revolución, siguiendo luego la muchedumbre al Campo de Marte, donde estaba ubicado el Altar de la Patria.

La nueva sociedad francesa tenía un nuevo calendario, una nueva religión, y también nuevos mártires, Rousseau entre ellos.

En septiembre se organiza una comisión para la exhumación y traslado de los restos, así como una caravana fúnebre que debía venir desde Ermenonville hasta París. Una vez más Jean-Jacques debía dejar su isla. En sus memorias, recordando la última estancia en el lago de Bienne, decía: “Apenas se me dejó pasar dos meses en aquella isla, pero habría pasado dos años, dos siglos y toda la eternidad sin hastiarme ni un momento” (Rousseau, 2006, p. 27).



Sarcófago de Rousseau

En esta oportunidad fueron 15 años, tiempo corto si tomamos en consideración los tiempos del descanso eterno. Robespierre nunca vería llegar los mortales despojo de Rousseau a París.

El 20 de julio de 1794 era condenado a muerte y poco después guillotinado, junto con el joven Saint-Just. Pero eso no detendría la rueda revolucionaria.

Para recibir los restos se había construido, al centro de la fuente circular del Jardín Nacional una isla, y no podía ser menos. Allí se reprodujo el sarcófago de mármol de Ermenorville, el cual había sido dejado en su ubicación original, y se cubrió con una sábana llena de estrellas; sobre el mismo se construyó un templete clásico. El conjunto complementaba su escenografía mortuoria con unos álamos que rodeaban la pequeña isleta. No podía Rousseau quejarse, no era la misma isla, pero era, al fin y al cabo, una isla.

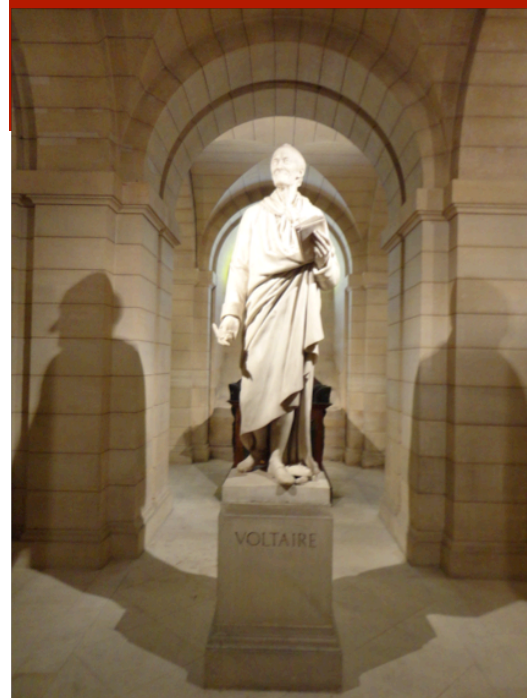
Sin embargo, esta era solo una ubicación temporal, una obra de teatro destinada al pueblo. Rousseau, el padre de la Revolución, como lo llamaba Robespierre, tenía destinado un lugar más noble, el Panthéon que lo recibiría con el lema: *Aux Grands Hommes la Patrie Reconnaissante*.

Tal como sucedió con Voltaire, Rousseau tendría su cortejo fúnebre al Panthéon, en el mismo carruaje que había sido utilizado para el traslado del Ser Supremo en las conmemoraciones

de junio, con una figura del filósofo sentada, adornada esta vez con ramos de álamo, como los que lo acompañaron en su isla de Ermenonville.

Su destino final, ¡oh ironía!, era la bóveda de la cripta del lado izquierdo, exactamente frente a la de Voltaire. Uno frente a otro, mirándose mutuamente por toda la eternidad.

Estatua de Voltaire en el Panteón.
“Su fachada se inspiraba en el frontis del Panteón de Agripa en Roma, edificio que el Papa Bonifacio IV había convertido en Iglesia cristiana con el nombre de “Santa María de los Mártires.””



Todavía alguien duda que en el cielo existe un Dios que todo lo castiga. Un clásico sarcófago de madera aloja desde entonces sus mortales restos. Eso sí, en vez de pilastras dóricas, el sarcófago tiene tallados como soportes troncos y ramas de árboles: Su propia cabaña primitiva.

En sus laterales aparece tallada una imagen de Rousseau rodeado de niños: Otro castigo eterno, mientras que en compensación, en la otra cara aparece el grabado de la Isla de los Álamos de Ermenonville. A diferencia de Voltaire, no hay estatua alguna de Rousseau recibiendo al público, Jean-Jacques no gusta de las multitudes y nunca sale de su sarcófago.

Nada como una frase de Voltaire para culminar este majestuoso sainete: “Después de probar o de figurarnos haber probado que se necesita un milagro tan grande como el diluvio universal o como el de las plagas de Egipto para realizar la resurrección del género humano en el valle de Josafat, nos atreveremos a preguntar qué es lo que se han hecho las almas de todos esos cuerpos que estaban esperando el momento de meterse en sus estuches” (Voltaire, 1920, Título: Resurrección).

Bibliografía /Referencias digitales.

- Barault-Bercastel, A. H. (1854), Historia General de la Iglesia desde la predicación hasta el pontificado de Gregorio XVI. Tomo II. 2ª edición. Disponible en <http://books.google.com.mx/books?id=o0Kx4398HhYC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false> (15.09.2012)
- Barrantes, E. (1997), En torno a la naturaleza, la sociedad y la cultura, Lima. UNMSM. Centro de producción editorial. Disponible en <http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtual/libros/antropologia/entnaturaleza/natrousseau.htm> (12.09.2012).
- Feuchtwagner L. (2003). La Sabiduría de los Locos, Madrid, Edaf..
- Girardin, R.L. (1992). De la composition des paysages, ou des moyens d'embellir la nature autour des habitations, en joignant l'agréable à l'utile, Paris, Champ Vallon (Genève, Paris, 1777).
- Jean-Jacques Rousseau et les arts. (2012). Paris, Editions du Patrimoine.
- Musée de la Revolution Française. Isère. Dossier de Presse. 2012. En <http://rousseauassociation.ish-lyon.cnrs.fr/conferences/PDF%20conferences/Dossier%20de%20presse%20Exposition%20temporaire%20L%27Hommage%20de%20la%20R%C3%A9volution%20fran%C3%A7aise%20%C3%A0%20Jean-Jacques%20Rousseau.pdf>
- Linden, B. M. G. (2007). Silent City on a Hill: Picturesque Landscapes of Memory and Boston's Mount Auburn Cemetery, Library of American Landscape History.
- Plaza Santiago, F.J. (2002). El movimiento Romántico, Universidad de Valladolid. Disponible en <http://www.euskomedia.org/PDFAnlt/arte/21/21095112.pdf> (12.08.2012)

- Rousseau, J. J. (1762). Emilio o La Educación, Consultado en versión digital. Disponible en <http://peuma.unblog.fr/files/2012/06/Emilio-ROUSSEAU.pdf>. (09.08.2012).
- Rousseau, J. J. (1836). Julia, o La Nueva Heloisa, Barcelona, Imprenta y Librería de Oliva.
- Rousseau, J. J. (2006). Sueños de un paseante solitario, Alianza edit. Consultado en versión digital. Disponible en <http://es.scribd.com/doc/7168557/ROUSSEAU-JACQUES-Suenos-de-Un-Paseante-Solitario> (12.10.2012)
- Rousseau, J. J. (1985). Las Confesiones, Libro Primero. México, Porrúa.
- Voltaire (1901). Diccionario Filosófico, Valencia, Prometeo. Primera edición 1764, reedición de la publicada por F. Sempere (1920). Consultado en versión digital. Disponible en <http://www.e-torredebabel.com/Biblioteca/Voltaire/fanatismo-Diccionario-Filosofico.htm>. (20.12.2008).
- Von Buttlar, A. (1993). Jardines, Del Clasicismo al Romanticismo, Madrid. Nerea
-

